

CUENTOS

del esclavo *M. Quintero*
de estado *libre*
esté coartado
en el barrio de *Manuel*

que de *Herman*

de *187*
El Comisario

César García

LA FÁBRICA DE SUEÑOS

Todos los niños y niñas del mundo saben que la medianoche es una hora encantada, que cuando suenan las doce, empiezan a ocurrir cosas de las que los adultos no saben nada.

Una de esas cosas que ocurren es que los juguetes cobran vida, empiezan a moverse y a disponer de sus propias inquietudes, ilusiones y esperanzas; pues los juguetes, además de vida, tienen emociones y sentimientos; pero claro, esto sólo lo saben los niños. Por esta razón, a ningún niño le extrañará lo que sucede algunas noches en “La Fábrica de Sueños”, que es el nombre que, hace muchos años, le pusieron a una gran factoría en la que se hacen juguetes de muchas clases y muy variados.

Y... ¿Qué es lo que sucede?...

A mí me lo contaron hace algún tiempo y me pareció tan hermoso que no puedo resistirme a la tentación de contárselo a muchos más niños y niñas. Porque decidme ¿No es realmente hermoso que los personajes de las historietas, de las canciones, de los cuentos o de la tele organicen sus propias diversiones, que canten, que jueguen, que hagan carreras, que, incluso a veces, se peleen. En definitiva, que vivan en su mundo maravilloso desde que dan las doce hasta que el sol asoma de nuevo en el horizonte?

Pues sí, verdaderamente es hermoso y así es realmente, porque así lo creen un montón de niños y niñas de todas las partes del mundo.

Una noche, próxima a las Navidades, como de costumbre, al llegar la medianoche, los juguetes empezaron a vivir y rápidamente la alegría de siempre se vio aumentada por la cercanía de las Fiestas; ya que, en la Fábrica de Sueños, todos los juguetes saben que los Reyes Magos reciben encargos de los niños para que les lleven a casa, en la noche mágica del 5 de enero, a sus personajes preferidos para compartir con ellos los ratos más agradables, proponiéndoles aventuras y diversiones de todo tipo.

A estas alturas, Sus Majestades de Oriente, ya deben estar trabajando sobre los pedidos que habrán recibido de tantos y tantos niños y niñas y, seguro que están haciendo cuentas y planes para poder atender a todos, como hacen cada año. Eso sí, si se han portado bien, que por otra parte es lo normal, ya que los niños siempre suelen portarse bien.

Así, como en la Fábrica de Sueños todo esto se sabe de sobra, además de la alegría, esa noche, entre los juguetes se ha ido extendiendo una cierta inquietud y bastante curiosidad por saber cuál será el destino de cada uno. Todos están un poco intranquilos y a más de uno le ha entrado esa risa contagiosa propia de los momentos de nerviosismo.

- ¿A quién me regalarán? – Se pregunta inquieto el extraterrestre ET.

- ¿Y dónde iré a parar yo? – Se dice el Patito Feo, que no necesita presentaciones, pues todos sabéis que es el protagonista de un cuento maravilloso.

Y todos están igual, haciendo planes y tratando de imaginarse cómo serán los niños con los que les corresponda compartir su vida futura de juguetes. Ante la perspectiva de tener nuevos amigos y cambiar de vida la ilusión se multiplica, por eso han organizado una gran fiesta y entre saludos y abrazos se van despidiendo unos de otros y deseándose suerte mutuamente para sus nuevos destinos.

En el bullicio de la fiesta se ven grupos de Pitufos, Superman va haciendo cabriolas de estante en estante saludando y sonriendo a todos, los coches de un Scalextrix recorren a toda velocidad la pista y, mientras una orquesta de muñecos de latón dorado hace sonar enloquecidamente sus instrumentos, todos bailan, se abrazan, se despiden, cantan, en fin, que se lo pasan en grande, la algarabía es tremenda y parece que todos están contentísimos.

Pero lamentablemente no es así, pues de todo este bullicio y toda esta alegría hay alguien que está muy lejos, que se siente completamente solo, olvidado en un rincón, perdido entre trastos viejos, en silencio a pesar del ruido que le rodea, un Osito de Peluche está llorando. Una de sus patitas está rota y tiene el cuello torcido, de tal forma que le cuesta mirar hacia arriba y a la izquierda. Él sabe que un juguete mal hecho no saldrá nunca de la Fábrica, no se podrá ir con nadie a compartir su casa en la alegría de las Fiestas y sobre todo, a participar en los divertidos juegos que niños y niñas organizan tan estupendamente.

Se siente muy solo y muy triste, sin ganas de participar con los demás en la despedida, porque los otros se irán, pero él...

De pronto, siente a su lado un movimiento, algo o alguien le roza y, aunque esté triste, el Osito sigue siendo muy curioso. Por eso mira a su lado (menos mal que es hacia abajo y a la derecha y no le molesta el cuello al hacerlo) y ve que contra su pata se ha tropezado un Indio de goma ciego, ya que cuando le hicieron, olvidaron pintarle los ojos.

El Indio, al oír los sollozos del Osito, pregunta:

- ¿Quién llora con tanta pena? No es posible que alguien pueda estar triste en esta noche en la que todo es alegría, en la que todo el mundo está contento y en la que se está celebrando una fiesta tan estupenda. Dime ¿Quién eres y por qué lloras? –

Aunque con cierto reparo al principio, el Osito va contando poco a poco sus penas al Indio, sobre todo porque, al ser ciego, no le puede ver lo feo que está

después de haber llorado tanto rato. A medida que van hablando, el Osito se va tranquilizando y va encontrando consuelo; pues se da cuenta de que, a pesar de tener también una desgracia muy grande, el Indio está alegre y no ha perdido la esperanza. Al cabo de un rato, el Osito también recupera su ilusión y parece que, más contentos ya los dos, la alegría que les ha ido entrando pone alas a sus cuerpos maltrechos y se incorporan a la fiesta. Como suele decirse, ya les importa un pepino tener la pata rota y el cuello torcido o el haber nacido ciego. Sin pensarlo dos veces saltan a un tren eléctrico que va recorriendo la Fábrica de un sitio para otro y, viendo que todos los demás son muy amables con ellos, empiezan a divertirse de lo lindo. En una parada se bajan el ratón Mickey y su novia Daisy, con quienes habían compartido un rato de conversación y se suben los Lunnis, hablando todos al tiempo y organizando un escándalo tremendo. Cuando por fin bajan del tren, se unen a los Masters del Universo, que les dan un paseo a bordo de un vehículo todo terreno precioso...

Y de esta forma, yendo de un lado para otro, hablando con todos, cantando y riendo con ellos y teniendo una serie de encuentros y aventuras extraordinarias, va pasando la noche y se va acercando el amanecer. Los juguetes, rendidos de cansancio y de alegría van regresando a sus estanterías y a sus cajas y, cuando ya todos están inmóviles porque se hace de día, el Osito y el Indio están muy lejos de donde los habían arrojado como deshecho. No tienen más remedio que quedarse junto a los muñecos nadadores y allí esperar acontecimientos.

Cuando ya hace rato que ha salido el sol, en la Fábrica de Sueños todo está normal, el señor Raimundo, que es el encargado del almacén desde hace muchos años y que conoce palmo a palmo la Fábrica y todo lo que en ella se hace (bueno, todo lo que se hace de día, claro) abre las puertas y va comprobando que todo está correctamente y en su sitio.

De pronto, mira extrañado a la estantería de los muñecos nadadores, se rasca la cabeza pensando en qué harán allí el Osito con la pata rota y el cuello torcido y el Indio de goma ciego. Se acuerda perfectamente de haberlos dejado en la zona de deshechos para ser tirados a la basura y no encuentra explicación lógica. Rara vez encuentra juguetes fuera de su lugar, por lo que se devana los sesos pensando en qué es lo que puede haber pasado. Pronto se resigna a no encontrar explicación y los coge para llevarlos de nuevo a su sitio; pero cuando va a hacerlo se le ocurre que es una lástima tirarlos por tan poca cosa. Y así, pensado y hecho, en lugar de arrojarlos al rincón de los trastos viejos, se los lleva al taller y en un abrir y cerrar de ojos (en el caso del Indio sólo en un abrir) los deja maravillosamente perfectos y los devuelve al almacén listos para ser llevados por los Reyes Magos a casa de algún niño que estará esperando, con toda la ilusión del mundo, la noche mágica de los regalos y los juguetes.

Quizás fue una ilusión; pero al señor Raimundo le pareció que cuando dejaba al Indio en su estante con el resto de la tribu, con uno de sus ojos recién

estrenados, hacía un guiño al Osito. Pero claro, fue sólo una ilusión, porque todos los niños y niñas del mundo saben que los juguetes no pueden guiñar un ojo ni hacer nada... De día.

LA BRUJA CELEDONIA

Voy a contaros el cuento
De la bruja Celedonia,
Que para volar usaba
Una gran aspiradora;
Pues le parecía mejor
Que la antigua y fea escoba.
Y que en lugar de caldero
Para potingues y drogas
Tenía olla a presión,
Que funciona casi sola.
Tampoco tenía plantas,
Ni hierbajos, ni esas colas
De lagarto, rata o gato,
Ni mixturas misteriosas
Con que las brujas fabrican
Esas repugnantes cosas
Que siempre saben muy mal
Y dan un fétido aroma.
Esta bruja era moderna
Y al contrario que las otras
Era guapa, buena y joven
Y usaba ropa de moda.
Tenía todo al revés:
En vez de cuervo, paloma;
Por murciélagos, gorriones;
En vez de sapo una mona
Traída de Gibraltar
Pequeñita y juguetona;
En lugar de gato negro
Tenía uno blanco, de Angora.
Fijaros cómo sería
Esta bruja revoltosa,
Que los niños la adoraban
Y le contaban sus cosas.
Y ella quería a los niños.
Cuando se encontraba sola
Fabricaba caramelos,
Chocolate. Gominotas,
Muñecas y más juguetes
Que, como era generosa,
Repartía entre los niños

Con sonrisa encantadora.

Hasta tal punto llegó
Lo que hacía Celedonia
Que el Gran Consejo de Brujas

Pensó que era peligrosa
Y convocó una reunión
De las Brujas Directoras
Para analizar su caso
Y echarle una buena bronca
Si seguía manteniendo
Su actitud indecorosa,
Tan impropia de una bruja
Que se estime malhechora.
Y así, quedaron de acuerdo,
La llamaron y entre todas,
Le dijeron que cambiara,
Que dejara ya esas cosas,
Que odiase a todos los niños
Y que fabricara drogas
Para producir dolores
En lugar de coca cola,
Caramelos y juguetes.
Y que fuera tenebrosa
Y que asustase a la gente
Y usase la negra ropa
Con que se visten las brujas
Y que utilice la escoba.
Porque si no lo hace así
La convierten en persona.
- ¡Te quitamos tus poderes! –
Dice la Bruja Rectora.
- ¡Te echamos de nuestra Orden! –
Dicen a coro las otras.
- ¿Pues sabéis lo que yo digo? –
Les contesta Celedonia.
- Que todo lo que decís
A mí muy poco me importa.
Y prefiero no ser bruja
A serlo como vosotras –
- ¡Maldición! ¡Rayos y truenos! –
Empiezan a gritar todas.
- ¡Que el cuerno de Belcebú
Y nuestras antecesoras
Te maldigan para siempre
Y, convertida en persona,

Seas como una niña más
A la que asustan las sombras
Y los mágicos poderes
De que gozamos nosotras! –
Y Celedonia replica
Estirada y orgullosa:
- Me río de los poderes
Que no asustan ni a las moscas
Y ya me largo de aquí
A vivir mi vida propia,
Que yo prefiero ser niña
A ser bruja, fea y tonta –
Y se fue dando un portazo
Que las puso más rabiosas.
Se tiraron de los pelos
Dieron voces horrorosas,
Incluso algunas echaron
Hasta espuma por la boca...

Y aquí se termina el cuento
De la bruja Celedonia
Que, por amor a los niños,
Fue convertida en persona
Y que al dejar de ser bruja
Fue una niña muy hermosa
Que vivió siempre feliz
Y fue creciendo dichosa.

EL OGRO Y EL CUERVO

El cuervo Roberto
Y el ogro Zarzón
Tienen una casa
Con un gran torreón.
El cuervo que chilla
Y el ogro que ruge
Asustan a todos
Y la vaca muge
Y el perrito ladra
Y los más pequeños,
De miedo y espanto,
Cambian de color,
Porque asustan tanto
El cuervo Roberto
Y el ogro Zarzón
Que son para el pueblo
Una maldición.

Pero un día un niño
Valiente y sereno
Le dijo al Alcalde:
- No tengáis miedo;
Pues, con su permiso,
Haré que ese cuervo
Y ese ogro peludo
Se vayan del pueblo.
Eso si no logro
Que luchen entre ellos –
- Y ¿Cómo lo harás? –
Pregunta risueño
El Señor Alcalde
Mirando al pequeño.
- ¡Dejadme, señor! –
Responde muy serio.
- Si no lo consigo,
Al menos, lo intento –

Y así decidido,
Con su plan ya hecho,
Elige camino
Y toma el sendero
Que lleva a la casa
Del cuervo Roberto
Y el ogro Zarzón,
Que tiene un gran huerto
Lleno de maleza

Y un torreón inmenso,
Como ya se ha dicho
Empezando el cuento.
Y poquito a poco,
Siempre muy atento
Llegó hasta la casa.
De pronto ¡Qué miedo!
Posado en la puerta
Está el feo cuervo
Con su enorme pico,
Su plumaje negro
Y sus rojas patas
Mirando altanero
Al pobre muchacho
Que se queda quieto.
- ¿Se puede saber
Dónde vas, pequeño?
¿Acaso eres tonto?...
¿O no te doy miedo?
¿No sabes que soy
Un terrible cuervo? –
- ¡Claro que lo sé! –
Responde el pequeño.
- Pero quiero hablarte
Y que estés dispuesto
Cuando venga el ogro,
Que es un traicionero,
Y tiene intención
De torcerte el cuello –
Eso dice el niño
Y deja a Roberto
Pensando y dudando
De su compañero.

Luego, cauteloso,
Se dirige al huerto
En el que Zarzón,
Con golpes tremendos
De su enorme hacha
De afilado acero,
Está haciendo leña
De un gran pino seco.
- ¡Perdone, señor –
Susurra muy quedo.
- Acabo de ver
A su amigo el cuervo.
Me ha dicho que usted
Es un compañero

Que no vale nada.
Que ya no da miedo
Y que ya no asusta
A nadie en el pueblo.
Y por eso piensa
En dejarle ciego
Que él solo puede
Quedarse de dueño –
El ogro al oírle
Se pone muy fiero
Y empieza a gritar
Ensanchando el pecho:
- A ese cuervo loco –
Empieza rugiendo
- Yo lo haré pedazos,
Romperé sus huesos,
Lo desplumaré,
Torceré su cuello...
¡Va a saber quién soy
Ese bicho feo! –
Y dejando el hacha
En medio del huerto,
Dando grandes gritos
Va en busca del cuervo
Y cuando lo encuentra
Le lanza este reto:
- ¡Ven acá, traidor,
Maldito embustero.
¿Con que lo que piensas
Es dejarme ciego?...
Pues voy a hacer trizas
Tu plumaje negro –
El cuervo al oírle
Siente mucho miedo
Y piensa que el niño
Estaba en lo cierto
Y que el ogro quiere
Quitarle de en medio.

Al tenerle cerca
Se levanta en vuelo
Y sube el torreón
Todo lo ligero
Que sus alas pueden
Impulsarle a ello.
El ogro se mete
Por la casa adentro,
Sube la escalera

Con paso tremendo,
Llegando al torreón
Donde está Roberto.
Es tanta la furia
De los compañeros
Que una horrible lucha
Comienza al momento.
El ogro de un ala
Engancha a Roberto,
El cuervo se agita,
Su pico, certero,
Apunta a los ojos,
Da dos golpes secos
Y el ogro Zarzón
Se ha quedado ciego.
Con sus grandes manos
De acerados dedos,
Presa de la rabia
Y el dolor intenso,
En pocos segundos
Despedaza al cuervo.
Luego, los despojos
De su feo cuerpo
Con toda su fuerza
Los lanza muy lejos.
Cuando quiere irse
Herido y maltrecho,
En vez de a la puerta
Se dirige recto
Hacia las almenas
Y su propio peso
Lanzado adelante,
Proyecta su cuerpo
Fuera de la torre,
No encuentra asidero,
Manotea el aire,
Da un grito tremendo
Y se despanzurra
Contra el duro suelo.

Al pie de la torre
Yace el ogro muerto,
En el aire flotan
Las plumas del cuervo.
Ya no asustarán
Ni darán más miedo.
Gracias a la astucia
De un niño pequeño

El pueblo está libre
De este sufrimiento.
Y este es el final
De este lindo cuento
Que narra la historia
Del cuervo Roberto
Y el ogro Zarzón
Que, por odio y celos,
Envidia y maldad
Lucharon entre ellos
Y se dieron muerte
Para bien del pueblo.

LA FÁBRICA DE SUEÑOS

I.- Introducción

Todos los niños del mundo
Saben que la medianoche
Es una hora encantada
Y que, cuando dan las doce,
Los juguetes cobran vida
Y hasta que en el horizonte
No asoma de nuevo el sol
Y se despiertan los hombres,
El mundo les pertenece,
Son ellos quienes disponen
De sus propias inquietudes,
Esperanzas e ilusiones,
Que además de vida tienen
Sentimientos y emociones.
Por eso quiero contaros
Lo que pasa algunas noches
En la Fábrica de Sueños,
Ese mundo de colores
En el que los personajes
De historietas y canciones,
De la tele y de los cuentos
Organizan diversiones
O cantan y se pelean
O hacen carreras de coches...
En definitiva, viven,
Que para ello disponen
De tiempo hasta que amanece
Desde que suenan las doce.

II.- Faustina, la Bola Loca

Al llegar la primavera,
Que es la estación de las flores,
En la Fábrica de Sueños
Se perciben los ardores
Que nos alteran la sangre
Y nos hacen ver colores.
Todas las cosas parecen
Más bonitas y mejores.
Algunos juguetes sienten
Esa influencia y se ponen
Mucho más que de costumbre
Traviesos y bullidores.
Eso le pasó a Faustina,
Que además de por su nombre,
La llaman la Bola Loca,
Pues tiene muy vivo el bote
Y cuando se lanza al suelo
Empieza a girar y coge
Un efecto tan extraño
Que ya no hay quien la controle.
Faustina es más bien pequeña,
Con estrías de colores
Y parece el Arco Iris
En sus vueltas y rebotes
Y además es muy traviesa,
Tanto así, que aquella noche,
Saltó de su estantería
Y fue a dar el primer choque
Contra un pequeño Scalextrix,
Desbaratando los coches.
Otro salto la llevó
Contra el muñeco que tose,
Le dio justo en la nariz,
Cortándole así, de golpe,
Su estornudo y ya no puede
Volver a toser el pobre.
Luego saltó para atrás
Y se estrelló contra el cofre
En que los piratas guardan,
Para que no se los roben,
Los tesoros que han robado
En goletas y galeones.

Faustina sigue saltando

César García González

Sin que nadie la controle
Y donde quiera que llega
Algo tira o algo rompe:
Un campamento de indios,
Dos muñecos nadadores,
Una cocina, un mecano,
Un tren eléctrico, un coche
Y muchísimos juguetes
Van sufriendo los efectos
De Faustina y de sus botes.
La bola loca es feliz
Porque vuela, salta, corre...
Tiene ganas de jugar
Y nadie freno le pone.

Cuando llega la mañana
Y se despiertan los hombres,
La fábrica abre de nuevo
Y el Encargado supone,
Al ver todo aquel destrozo,
Que han entrado los ladrones;
Pero ve que bien cerrados
Están todos los balcones
Y no se fija en Faustina
Ni en su boca de colores
Que sonríe astutamente;
Pues segura está que el pobre
Nunca podrá descubrir
Que la culpa del desorden
No la tiene más que ella
Con sus botes y rebotes.

III.- Martín, el Muñeco de Trapo

Ahora veréis que pasó
Una noche de verano
Cuando todos los humanos
Dormían tranquilamente
Sin saber que, por encanto,
Empezaron a moverse
Los juguetes fabricados.
Aquella noche, Martín,
Que era un muñeco de trapo,
Despertó en su estantería,
Estiró piernas y brazos
Y abrió su boca de fieltro
En un bostezo muy largo.
- He pasado bien el día,
He dormido y descansado –
Pensó, y a su alrededor
Empezó a mirar buscando
Con qué y cómo divertirse
Esa noche de verano.
Saludó a la abeja Maya,
A Miliki y a su hermano,
A Ulises y a los Pitufos
Y tuvo que dar un salto
Al pasar un tren eléctrico
Que le habría atropellado.
De manos a boca dio
Con lo que andaba buscando:
Una orquesta de muñecos
De cobre o latón dorado
Que con trompeta, guitarra,
Trombón, batería y saxo
Rock and roll y cha cha chá
Tocaban entusiasmados.
Y sin pensarlo dos veces,
Contento y alborozado,
Empezó a bailar al ritmo
Que la orquesta iba marcando.
Y Martín bailó y bailó,
Bailó muchísimo rato.
Cuando quiso darse cuenta
El ritmo desenfrenado,
Los brincos y las cabriolas
Que Martín había ido dando,
Habían hecho que en sus piernas
(Que ya sabéis, son de trapo)
Se formase tan gran nudo

César García González

Que se cayó como un fardo.
Y ya se hacía de día,
Se tuvo que ir arrastrando
A colocarse de nuevo
En su sitio, justo al lado
De un simpático cerdito
Con su retorcido rabo.

Cuando el almacén se abre
Y se acerca el Encargado
Ve las piernas de Martín
Con aquel nudo tan raro.
Y se rasca la cabeza
Mientras deshace el trenzado.
- Aquí debe haber un duende –
Piensa un poco despistado
- Que de noche hace diabluras,
Pues no entiendo qué ha pasado –
El hombre se va intranquilo,
Martín se queda pensando
Que es bonito divertirse,
Pero ha de tener cuidado
Y ha de ser más responsable,
Pero en fin, queda aliviado,
Pues el nudo de las piernas
Ya le estaba haciendo daño.

IV.- Las Navidades

Las Navidades se acercan,
En la Fábrica de Sueños
La alegría se contagia,
Todo el mundo está contento
Porque saben que muy pronto
Tendrán amiguitos nuevos
Que los llevarán a casa
Para compartir con ellos
La alegría de las Fiestas
Y las delicias del juego.
Los Reyes Magos están
Ya mirando y eligiendo
Los juguetes que los niños
Por carta les van pidiendo.
Nervios y curiosidad
En la Fábrica de Sueños.
- ¿A quién me regalarán? –
Se pregunta ET inquieto.
- ¿Y dónde iré a para yo? –
Se dice el Patito Feo,
Que todos sabéis que es
El personaje de un cuento.
Y todos están igual;
Pues se acerca el gran momento,
Por eso han organizado
Una gran fiesta entre ellos
Y con saludos y abrazos
Todos se van despidiendo
Y deseándose suerte
Para su destino nuevo.
- ¡Adiós, Rana saltarina! –
Le grita el Pitufo Genio
A Gustavo el de la tele
Que le responde muy serio:
- ¡Dentro y fuera. Cerca y lejos! –
Supermán hace cabriolas
Dando saltos gigantescos
De una estantería a otra
Saludando y sonriendo.
En todas partes se baila,
Hay un bullicio tremendo,
La alegría es general
En la Fábrica de Sueños.

Pero de esta algarabía

Hay alguien que está muy lejos.
Olvidado en un rincón,
Perdido entre trastos viejos,
Un osito de peluche
Llora su pena en silencio.
Tiene una patita rota
Y un poco torcido el cuello.
Siente una enorme tristeza
Porque un juguete mal hecho
Sabe que nunca saldrá
De la Fábrica de Sueños.
Y llora lágrimas tristes
Que le van mojando el pecho.
Cuando más solo se encuentra
Siente al lado un movimiento
Y ve que se acerca a él
Un indio de goma ciego
Porque olvidaron pintarle
Los ojos cuando le hicieron.
- ¿Quién llora con tanta pena?
¿Puede alguien estar sufriendo
En esta noche de fiesta,
De alegría y de contento? –
Poco a poco el oso cuenta
Sus penas al indio ciego
Y así parece que encuentra
Un poquito de consuelo.
Los dos se quedan hablando
Y al cabo de poco tiempo
Se olvidan de sus desgracias,
Porque se van convenciendo
De que pronto, en el taller,
Arreglarán sus defectos.
Y así, la esperanza pone
Alas a sus pobres cuerpos
Y se unen a la fiesta,
Que les importa un pimiento
Tener la patita rota
O el haber nacido ciego,
Ya que saben que muy pronto
Serán dos juguetes nuevos.

Cuando la Fábrica abre
El Encargado, perplejo,
Ve que al osito y al indio
Junto a los juguetes nuevos
Alguien los ha colocado
A pesar de estar maltrechos.

Y preguntándose quién
Allí puede haberlos puesto,
Los coge y se va al taller
Para dejarlos perfectos.

JORGE DEL SALOR

Cuando el Emperador Trajano hubo sometido a las tribus rebeldes de Germania, un centurión hispano, como el propio Emperador, que había luchado a sus órdenes por toda la frontera norte del Imperio, le pidió licencia para retirarse a su lugar de nacimiento y volver con su familia, a la que ya iba echando de menos después de tantos años lejos de su casa.

El Emperador, agradecido por los servicios que le había prestado su paisano (que en cierta ocasión llegó incluso a salvarle la vida arriesgando la suya propia) concedió a Gracio Salorius, que así se llamaba el centurión, no sólo el permiso requerido para abandonar el ejército, sino que ordenó que se le hiciese concesión de una “*mansio*”¹ en la Calzada que desde *Emérita*², discurría por el oeste de la península hispánica hasta *Astúrica*³ y que era nombrada como “Vía de la Plata”.

No tardó Gracio en volver a su patria y, partiendo de *Emérita*, tomó la calzada hacia el norte en compañía sus padres y su esposa con el fin de buscar el lugar más apropiado para instalar la “*mansio*” que le había sido concedida.

Tras unas pocas jornadas de marcha alcanzaron una fértil vega, bañada por un río no excesivamente caudaloso; pero sí con el agua suficiente para presentar remansos rodeados de frondosa arboleda que, sin duda, refrescaría las calurosas jornadas veraniegas que por esta zona se daban.

Nada más cruzar el río por el puente que hacía poco había terminado de ser construido, una explanada, justo al lado de la calzada, le pareció el lugar más idóneo para construir la que habría de ser, tanto su morada y la de su familia, como su forma de ganarse la vida alojando a los numerosos viajeros que recorrían la calzada de sur a norte y de norte a sur y, por supuesto a las tropas del Imperio que también la usaban con mucha frecuencia.

Así, con toda la ilusión del mundo se entregó a la tarea de levantar el edificio con todas las dependencias necesarias para que los viajeros se pudiesen alojar y encontrar el descanso tras jornadas de dura marcha. Comedor, cocinas, dormitorios, baños, establos, corrales, almacenes, graneros, incluso un bello jardín en la parte trasera de la casa, y cuantas dependencias eran necesarias fueron construyéndose poco a poco, diseñadas por los mejores maestros de obras y empleando los materiales más apropiados en cada caso.

¹ *Mansio*: Parada oficial en una [calzada romana](#), para el alojamiento de oficiales y hombres de negocios a lo largo de sus viajes por el imperio. Con el tiempo fueron adaptadas para acomodar a viajeros de toda condición, incluso al Emperador.

² *Emérita Augusta*: Actual Mérida.

³ *Astúrica Augusta*: Actual Astorga.

De esta forma, todos los dineros que Gracio había ahorrado en su vida de soldado al servicio del Emperador, se convirtieron en poco tiempo en la más hermosa construcción que albergar viajeros pudiera en toda la extensión de la Vía de la Plata.

No hicieron falta demasiados años para que la fama de la *mansio* de Gracio Salorius se incrementase hasta el punto de que los viajeros y las gentes que habitaban en los poblados y ciudades de los alrededores comenzasen a nombrar con el nombre del propietario, no sólo a la mansio, sino también al río en cuyas proximidades se levantaba. Así, tanto "*Mansio Salorius*", como "*Río Salorius*" o "*Río Salor*" se convirtieron en referencia obligada y punto importante en la Vía de la Plata y en sus inmediaciones empezaron a asentarse otros artesanos y comerciantes que ofrecían sus servicios y sus productos a los cada vez más numerosos viajeros que allí se hospedaban.

Herreros, talabarteros, alfareros, escribanos, vendedores de tejidos, de especias, de comestibles y de muchos otros productos, charlatanes, curanderos y tantos y tantos otros encontraron la forma de ganarse el sustento en las cercanías de la mansio que ésta se fue transformando en un auténtico poblado que pronto empezó a ser conocido por el lugar donde estaba ubicado, esto es: "*Valle del Salor*", "*Val del Salor*" y finalmente, muchos, muchísimos años después, "*Valdesalor*".

Pero no sólo se incrementó el poblado y el negocio de Gracio con el paso de los años, sino también su propia familia; pues a poco de llegar a su destino su esposa dio luz a un hermoso niño que hizo las delicias de la familia y colmó a todos de felicidad, sobre todo a su abuelo, pues enseguida se estableció entre ellos una suerte de complicidad que les unió de una forma muy especial.

Cuando los hechos que a partir de ahora vamos a narrar sucedían, Jorge del Salor, como más tarde sería conocido este niño, contaba seis años de edad y ahora, escuchad, que sus andanzas comienzan...

JORGE Y EL NIDO

Hacía ya más de dos años que Jorge deambulaba por los alrededores de la mansio, creía él y se ufanaba de ello, completamente solo, pero la realidad era que su abuelo iba tras él vigilando sus pasos desde una discreta distancia, tan corta como para intervenir si se presentaba algún apuro para el niño y tan larga como para que éste no se diera cuenta de que su abuelo vigilaba sus idas y venidas.

Últimamente Jorge solía juntarse con frecuencia con otros niños, Marco, el más pequeño de todos que era hijo del herrero, Dacio, el hijo de la viuda Valeria y Blasco, que era el mayor de todos y el más fuerte, que a veces ya trabajaba con su padre llevando y trayendo piedras y sacos de tierra para las obras que hacía, pues era uno de los maestros que había trabajado en la construcción de la mansio de Gracio Salorius y que con frecuencia era requerido para diseñar y ejecutar obras y reparaciones en las construcciones que iban surgiendo en el poblado junto al río.

Cada tarde salían juntos, bajaban o subían a lo largo del curso del río o corrían por los alrededores del poblado jugando a cuantas cosas se les ocurrían. Su abuelo, poco a poco, abandonó su discreta vigilancia ya que no quería poner a su nieto en evidencia delante de los demás niños y, por otra parte, había observado que Jorge demostraba prudencia y buen juicio en sus juegos y su comportamiento con el resto de los niños.

Una de aquellas tardes, estaban jugando a perseguirse unos a otros simulando que uno de ellos era un ladrón y los demás soldados que debían prenderle por alguna fechoría cometida. En esas andaban cuando, al pie de un árbol oyeron el leve piar de un pajarillo que, sin duda, había intentado volar abandonando el nido demasiado pronto y había dado con su cuerpecillo en tierra y no podía alzarse de nuevo.

- ¡Mirad! – Dijo Blasco – Es un pajarito que no sabe volar. Vamos a cogerlo y nos lo llevamos.

- ¡Eso, eso! – Exclamó contento el pequeño Marco.

Rápidamente Blasco se acercó extendiendo la mano para coger al pajarillo que hizo esfuerzos por medio volar o medio correr piando aterrorizado para alejarse de quien se acercaba amenazadoramente.

- Yo creo que se ha caído del nido que está allí arriba. ¿Lo veis? – Dijo Jorge señalando con su dedo hacia la copa del árbol.

- ¡Sí, sí, yo lo veo, miradlo, ahí está el nido – Gritó Marco dando saltos y señalando en la dirección que lo hacía Jorge – A lo mejor su mamá está triste porque se ha caído su pajarito.

- Pues vamos a subirlo al nido de nuevo – Propuso Jorge.

Ninguno de los amigos se opuso a la propuesta de Jorge y éste, sin pensárselo dos veces, se dirigió al pajarito con palabras tranquilizadoras y extendiendo sus manos, tras no pocos esfuerzos, consiguió cogerlo y lo introdujo en una especie de bolsillo que hacían unos pliegues de su túnica.

Con el ave asegurada de esta forma, se puso a trepar por el tronco para alcanzar el nido que estaba más alto de lo que en principio parecía.

Tan enfrascado estaba en su tarea de trepar que no se dio cuenta ni de que se acercaba al pie del árbol un hombre que venía de guardar sus ovejas en el aprisco ni de que sus amigos, al verlo acercarse, habían echado a correr como alma que lleva el diablo.

El pastor pensó, no sin cierta lógica, que, cuando corrían de aquella manera, nada bueno andarían haciendo, por lo que, cuando llegó bajo el árbol miró hacia arriba y vio a Jorge metiendo la mano en el nido, tuvo claro que aquella pandilla pretendía robar los huevos de los pajarillos o coger a los propios pájaros para llevárselos y comérselos.

Con fuertes gritos mandó a Jorge que se bajara del árbol dejando en el nido lo que hubiese cogido de allí. El niño, si bien en principio se asustó por los gritos del pastor, fue descendiendo del árbol orgulloso por haber salvado la vida del pajarillo que se había caído.

Nada más poner los pies en el suelo, el hombre se abalanzó sobre él y le propinó un cachete en la cara recriminándole:

- Con que robando los huevos de ese nido ¿no? – Le dijo mientras le zarandeaba – Ya te daré yo a ti huevos. ¡Venga, vamos a tu casa! Que a tu padre le voy a contar lo que andas haciendo.

Cogió a Jorge por una oreja y empezó a tirar de él hacia la *mansio*. El pobre niño, intentaba explicarle que no estaba robando los huevos, que sólo quería volver a subir al nido al pajarillo que se había caído; pero entre el dolor que le producía el fuerte tirón de oreja y que el hombre no paraba de hablar riñéndole y amenazándole, Jorge no tuvo posibilidad de explicar nada.

Cuando llegaron a la casa, el pastor llamó a Gracio a grandes gritos. Alarmados, tanto Gracio como al abuelo salieron al patio y vieron a Jorge delante del pastor.

- Aquí tienes a esta mala pieza, Gracio – Dijo el hombre – Con otros tres o cuatro sinvergüenzas a los que no he podido echar mano, estaba subido a un árbol robando los huevos de un nido. – Y con un empujón lanzó a Jorge contra su padre que le levantó la cabeza mirándole severamente.

- Vete a tu cuarto, que ya te diré el castigo que te espera por esto – Le dijo.

- Pero es que yo... - Intentó decir Jorge –

- ¡A tu cuarto! – Le interrumpió su padre – Ya hablaremos. Y muchas gracias por haberlo traído – Le dijo al pastor. Y cuando Jorge se hubo ido añadió – Pero la próxima vez, si es que la hay, no hagas daño a mi hijo; pues yo me basto y me sobro para castigarle como se merece.

El hombre se despidió con una inclinación de cabeza. Cuando estuvo lo suficiente lejos como para no oír lo que se decía, el abuelo se dirigió a Gracio:

- Me cuesta creer que Jorge estuviera robando huevos o matando pájaros, Jorge no es de esa clase de niño. –

- ¡Déjalo, Padre! Si por ti fuera este niño nunca hace nada malo y no se merecería ni un solo castigo; pero ese hombre lo ha visto con sus propios ojos. Ya veré qué hago con él – Terminó Gracio tratando de sosegarlo.

- ¡Está bien! – Concedió el abuelo – Pero no seas muy duro con él, al fin y al cabo no es más que un niño y...

- Y hay que educarle para que no se convierta en un delincuente – Le interrumpió el padre -

- ¡Hombre, tampoco es para tanto – Protestó el abuelo – Que no deja de ser una chiquillada...

- Ya es suficiente, padre – Volvió a interrumpirlo – Creo que todo está muy claro y este niño necesita que se le enseñen algunas cosas y soy yo quien tiene que encargarse de eso. – Y diciendo esto se metió en la casa para continuar con sus quehaceres.

El abuelo se quedó sentado a la sombra de la parra que adornaba una esquina del patio, dándole vueltas al asunto y sin acabar de creerse que su nieto hubiera podido hacer algo así. No había pasado mucho tiempo cuando asomaron por la puerta del patio las caras entre asustadas y decididas de los otros tres chicos que estaban con Jorge y que salieron huyendo al ver llegar al pastor.

Cuando el abuelo los vio, supuso que eran los compañeros de correrías de su nieto y les invitó a acercarse con un gesto de la mano y una amplia sonrisa para infundirles confianza.

- Pasad, pasad – Les dijo – Seguro que tenéis que contarme algo interesante. ¿A que sí?

Los tres asintieron al unísono moviendo repetidamente la cabeza arriba y abajo.

- Pues a ver – Les invitó cordialmente el abuelo - ¡Contadme! Porque creo que lo que realmente ha pasado en aquel árbol no es lo que ha venido diciendo el pastor.

- Es que... - Empezó tímidamente el fortachón Blasco – No estábamos robando los huevos. Ni queríamos matar a los pájaros.

- Ya lo suponía – Dijo el abuelo – Venga, despacio y desde el principio me vais a decir todo lo que ha pasado. ¿Verdad? – Mientras esto decía, el abuelo les invitó con un gesto a sentarse a su lado.

Poco a poco, los niños, quitándose la palabra unos a otros, le fueron contando todo lo que habían hecho desde que salieron de casa, incluyendo que bajaron al río, donde tiraron piedras para que rebotaran en el agua y quisieron cortar unas cañas; pero no pudieron porque estaban muy duras y no llevaban ninguna herramienta. Luego corrieron detrás de un perro y, por fin, llegaron al episodio del nido y el pajarito caído.

El abuelo estuvo a punto de arrepentirse de haberles invitado a que le contaran todo desde el principio; pero se divirtió escuchándoles y, sobre todo, cuando los mismos niños dejaron claro que Jorge no sólo no había hecho nada malo, sino todo lo contrario y que ellos le habían dejado solo porque se asustaron.

- Tienes que decirle al pastor que Jorge no ha hecho nada malo y que es a él a quien hay que castigar por pegarle y tirarle de la oreja sin motivo – Le soltó el pequeño hijo del herrero.

- Esperad un momento – Dijo a los niños – Se levantó y caminó hacia la casa - ¡Gracio, Ven un momento al patio, quiero enseñarte algo! – Gritó hacia el interior de la casa.

No tardó en aparecer el llamado, secándose las manos con un paño.

- A ver, Padre, ¿Qué ocurre ahora? – Preguntó con impaciencia – Estoy muy ocupado como para perder el tiempo con tonterías.

- No creo que sean tonterías – Dijo el abuelo – Escucha a estas personitas que van a contarte algo que no sabes. A ver – añadió dirigiéndose a los niños – Contadle a Gracio lo que me habéis dicho a mí; pero sólo la parte del nido y lo que ha hecho Jorge.

Gracio, entre impaciente y resignado, se dispuso a escuchar lo que los niños quisieran contarle.

Cuando terminaron cayó en la cuenta de que no había dejado hablar a su hijo y no le había dado oportunidad de defenderse de las acusaciones que le hacía el pastor. Miró al abuelo que sonreía plácidamente...

Unos días más tarde, Gracio dejó en la puerta del cuarto de Jorge un hermoso caballo de madera que había tallado para él para compensarle de alguna manera por lo injusto que había sido en el asunto del nido.

El caballo era tan grande que Jorge podía montarse sobre él. Además tenía una plataforma debajo de las patas a la que podían ajustarse cuatro ruedas para hacerlo desplazarse o un balancín para columpiarse.

Cuando Jorge se despertó aquel día y se encontró con el caballo al salir de su cuarto no necesitó decir nada a su padre ni que su padre le dijera nada. Tampoco a su abuelo, pero cuando lo vio en el patio se miraron... Y sonrieron.

JORGE Y EL CABALLO DE MADERA

Desde que su padre le regalara aquel caballo de madera, no existió otro juguete para Jorge. En el patio, dentro de la casa o en el jardín de atrás que su madre y su abuela cuidaban con tanto esmero, donde quiera que Jorge estuviera jugando, allí estaba el caballo. Jorge lo ponía en balancín y se columpiaba sobre él sin aburrirse nunca. Su padre le había anudado un fuerte cordel a modo de riendas con las que jaleaba los movimientos del caballo como si al más desenfrenado galope corriese. Para ir con él de un lado a otro, le colocaba las ruedas y tiraba de la cuerda desplazándolo.

Con frecuencia jugaba con sus amigos, casi siempre era Blasco el que tiraba de la cuerda para hacer rodar el caballo sobre el que se acomodaban uno tras otro los demás, mientras que cuando era el propio Blasco el que se encaramaba sobre el lomo del animal, los otros tres tiraban al tiempo del cordel para poder desplazarlo por el enlosado del patio.

Así unos y otros, creyéndose cada uno aguerridos jinetes e incluso el mismísimo Emperador Trajano sobre su corcel de batalla, pasaban tiempo y tiempo jugando con el caballo.

Incluso cuando deambulaban por la orilla del río llevaban el caballo que iban dando botes y brincos sobre las irregularidades del terreno.

Jorge estaba orgulloso de su caballo y contentísimo por el aprecio que de él hacían sus amigos y la gran cantidad de juegos y diversiones que el caballito de madera les había proporcionado.

No obstante, poco a poco, en los días que siguieron fueron retomando sus juegos y sin abandonar totalmente al caballo, sí que lo iban dejando en casa cada vez con más frecuencia.

Una tarde andaba Jorge por la orilla del río tirando de su caballo, como sus amigos no estaban con él, ya que debían haberse entretenido con alguna cosa y no habían ido a la *mansio* a buscarle, él había cogido el caballo para jugar con él.

No muy lejos de donde estaba vio Jorge una carreta alrededor de la que estaba un hombre con su familia con intenciones de preparar fuego para acampar allí durante la noche.

Jorge se acercó confiadamente.

- ¡Salve! – Saludó cortésmente el niño.
- ¡Salve! – Le respondió el hombre.
- ¿Qué hacéis aquí? – Preguntó Jorge al hombre con curiosidad. Parece que tenéis intención de pasar aquí la noche. ¿Por qué no vais

César García González

a la *mansio* de mi padre? Allí tenéis de todo y estaréis muy a gusto. Todo el mundo dice que mi padre atiende muy bien a los viajeros – Dijo Jorge sin poder disimular su orgullo.

- Qué más quisiéramos – Dijo el hombre – Pero no tenemos dinero para pagar el hospedaje – Y resignadamente añadió – Somos mi mujer, mi hija mayor y el pequeño – Los fue señalando a medida que los nombraba, pues todos se habían acercado a llegar Jorge con su caballo de madera - Además, los caballos y la propia carreta. Sería mucho dinero el que tendríamos que pagar para pasar la noche en una mansio con tanta fama como la de Salorius. Por eso nos quedamos aquí.
- ¡Qué pena! – Se lamentó Jorge.
- No te preocupes – Le tranquilizó el hombre – Ya estamos acostumbrados a acampar así cada noche y no necesitamos mucho más.

Jorge se dio cuenta de que, mientras hablaban el pequeño de la familia, que debía ser aproximadamente de su misma edad, no le quitaba ojo al caballo, por lo que rápidamente le propuso:

- ¿Quieres jugar conmigo a montar en el caballo? A mí me gusta ser el Emperador Trajano combatiendo a los germanos. Mi padre luchó con él durante muchos años y me ha contado muchas cosas de las batallas. Yo me llamo Jorge – Añadió – ¿Y tú?

El pequeño miró a su padre que le hizo un leve gesto afirmativo.

- Anda, Didio, ve a jugar con Jorge y con su caballo – Le dijo – Ya te avisaremos cuando esté lista la cena.

Jorge echó a correr tirando de su caballo sin mirar atrás, seguro de que su nuevo amigo le seguiría.

- ¡Vamos, Didio! – Le gritó – ¡A la lucha contra los germanos!

El resto de la tarde se fue en un santiamén, uno y otro se alternaron subiendo al caballo y haciéndolo rodar por la explanada tirando de la cuerda. Tan pronto lo llevaban a fingir que pastaba en la orilla del río, como que era el que tiraba de la carreta del padre de Didio o era montado por el emperador Trajano.

Con tanto y tanto juego Jorge llegó a casa cuando ya todos están sentados para cenar. Como siempre, su abuelo le sonrió y, como siempre, su padre le miró reprobadoramente.

Su madre, después de acariciarle cariñosamente la cabeza le sirvió la sopa.

- Jorge, hijo mío. Tienes que estar más atento – Le dijo con ternura. No puedes pasar tanto tiempo fuera de casa y llegar tarde a cenar.

Aquella noche, Jorge se fue muy contento a la cama recordando lo bien que se lo habían pasado su nuevo amigo y él y durmió plácidamente.

Fueron pasando los días y Gracio se extrañó de no ver a Jorge jugar con el caballo, tanto que terminó por preguntarle al abuelo.

- Oye, padre ¿No te parece raro que Jorge no haya vuelto a jugar con el caballo. Es más – Concluyó – Hace ya unos días que no lo veo por ninguna parte y antes no hacía más que tropezarme con él por donde quiera que iba.
- Pues no sé – Respondió el abuelo – Es cierto que es muy extraño. Yo tampoco veo el caballo hace unos días.

Dejaron estar el tema si más añadidos; pero Gracio no dejó de pensar en qué habría pasado con su hijo y el dichoso caballo. Tanto que al día siguiente, mientras cenaban no pudo contenerse.

- ¡Oye, Jorge! – Le preguntó – Se puede saber qué ha pasado con tu caballo de madera. Hace días que no juegas con él y antes no lo dejabas por nada ni para nada.

El niño guardó silencio y se quedó con la cabeza baja y la vista clavada en el tazón de leche que tenía delante.

Ante el silencio del niño, el padre le preguntó varias veces sobre el paradero del caballo sin que obtuviera ninguna respuesta. Cada vez más enfadado ante el obstinado silencio de su hijo, Gracio se fue alterando cada vez más.

- ¡Pues vete a tu cuarto! – Estalló finalmente – Y no salgas de allí hasta que no estés dispuesto a decirme dónde está el maldito caballo.
- Jorge, hijo – Terció el abuelo – Dile a tu padre qué ha pasado con tu caballo. Si lo has perdido o se ha roto no tienes por qué ocultarlo. No pasa nada. Es verdad que tu padre se molestó y trabajó mucho para hacerte el caballo y le gustaría saber qué ha pasado con él.

Jorge no dijo nada tampoco a su abuelo y dos gruesas lágrimas asomaron a sus ojos y comenzaron a rodar por sus mejillas.

- ¡A tu cuarto! – Gritó el padre – Ya está bien de tantos mimos y tantas contemplaciones.

Jorge echó a correr escaleras arriba para llegar a su cuarto y tumbarse en la cama llorando desconsoladamente pensando en que no podría salir

nunca; pues no se veía capaz de decirle a su padre lo que había hecho con el caballo, después del trabajo tan grande que se tomó para fabricárselo.

Al día siguiente, la madre preparó una bandeja para llevarle el desayuno a Jorge, pero su marido la interrumpió.

- ¡Déjale sin comer! A ver si con el estómago vacío piensa mejor y me contesta a lo que le pregunto.

La madre y el abuelo se miraron con complicidad pensando que, en cuanto Gracio se descuidara, ya se las apañarían para llevarle al niño algo de comer.

Mediada la mañana se presentó un hombre en la *mansio* y preguntó por Gracio, cuando estuvo ante él le dijo:

- ¡Salve, Gracio! Lamento haberte causado alguna molestia; pero no ha sido mi intención hacerlo – Le expuso con cierto embarazo.
- No sé a qué te refieres amigo – Contestó Gracio confuso – No creo que me hayas molestado en nada.
- Verás – Continuó el hombre – Hace unos días acampé con mi familia en la orilla del río, pues no podemos permitirnos el lujo de alojarnos en tu casa. Hasta allí llegó tu hijo con un caballo de madera y se pasó la tarde jugando con el mío.
- ¿Y bien...? – Preguntó Gracio que estaba empezando a sentirse intrigado.
- Pues... Verás. Es que... - Dudó el hombre. Se volvió ligeramente hacia la puerta y gritó – ¡Pasa Didio!

El pequeño Didio apareció en el patio tirando de la cuerda y arrastrando el caballo se acercó a donde estaban todos; bueno, todos menos Jorge que seguía encerrado en su cuarto; ya que al observar la conversación de Gracio con aquel hombre, la madre, el abuelo y la abuela habían salido al patio curiosos por ver qué pasaba.

- El caso es que – Dijo el padre de Didio – Mi hijo disfrutó tanto jugando con el caballo y se lo pasó tan bien que cuando Jorge se volvió a casa le regaló el caballo a Didio. Esta mañana, cuando ya íbamos de camino, mi mujer lo ha visto escondido en la carreta y hemos pensado que es un juguete tan bueno que no se puede regalar así como así al primero que llega. Por eso hemos venido a devolvérselo a tu hijo.

Todos quedaron en silencio sin saber qué decir. Didio tenía la cabeza baja y estaba a punto de llorar de pena por tener que devolver el caballo.

- Vamos, hijo – Le dijo su padre cariñosamente – Devuelve el caballo al padre de Jorge. No podemos aceptar un regalo tan caro y tan bueno.

El niño avanzó unos pasos y alargó la mano que sostenía la cuerda hacia Gracio.

- ¡Toma! – Le dijo con un hilo de voz – Dáselo a Jorge y dile que muchas gracias por habérmelo prestado.

Y acto seguido miró a su padre que le sonrió aprobando lo que había dicho y hecho. Seguramente tal como el propio padre se lo había indicado.

Gracio, sin saber cómo reaccionar en aquella situación extendió la mano para coger la cuerda que Didio le tendía; pero el abuelo se interpuso y fue él quien tomó la cuerda.

- ¡Toma, Didio! – Dijo al niño devolviéndole el cordel – Si Jorge te ha regalado el caballo, es tuyo. Estoy seguro de que mi hijo no tendrá ningún problema para hacer otro caballo para Jorge. ¿Verdad? – Preguntó al confundido Gracio.
- ¿Eh? No, claro... Claro, ningún problema – Acertó a decir de forma entrecortada – No, no. Ningún problema... Otro caballo, claro.

La cara de Didio se iluminó como si cien antorchas se hubiesen encendido a su lado y dando media vuelta echó a correr hacia la entrada del patio tirando de la cuerda del caballo y gritando.

- ¡Graciaaasss! –

Su padre, completamente confundido, sólo acertó a decir lo mismo que su hijo.

- ¡Gracias, gracias – Repitió una y otra vez – De verdad, gracias, muchas gracias.

Didio siguió su viaje con su familia y con su caballo de madera. Jorge fue perdonado y le permitieron salir de su cuarto, aunque todos se pusieron de acuerdo para no decirle nada de lo que había pasado ni volver a preguntarle por el caballo.

No pasaron muchos días cuando una mañana, al salir de su cuarto para bajar a desayunar Jorge se encontró con un espectacular caballo de madera, pintado de blanco con sus crines rizadas y su larga cola, incluso con una silla de montar también tallada sobre la propia madera y pintada de rojo y, como no podía ser de otra manera, con sus ruedas, sus riendas y su balancín.

Jorge bajó a desayunar. Nadie dijo nada... Pero todos sonreían...

JORGE Y EL CANGREJO DE RÍO

Habían pasado sus dos buenos años desde que su padre le hizo el segundo caballo de madera, Jorge tenía ya casi nueve y la amistad entre los amigos se había reforzado tanto que en el poblado todos sabían que eran una pandilla inseparable. Tanto en sus tareas, como en sus juegos, siempre que podían estaban juntos y compartían todo lo que tenían.

Este año, ya estaba bien entrado el verano, la última primavera había sido muy lluviosa y el río bajaba caudaloso y con una corriente que, en algunos tamos, era bastante fuerte. Al llegar los primeros calores, los niños y jóvenes del poblado del Valle del Salor bajaban a sus orillas para refrescarse y jugar a todo lo que se les ocurría en las orillas.

Pero por desgracia las imprudencias suelen pagarse caras y hacía pocos días que a un joven se le ocurrió saltar al agua desde la rama de un árbol que se inclinaba sobre el cauce, con tan mala fortuna que la rama se quebró y cayó al río de mala forma, sufriendo tan duro golpe que perdió el conocimiento y fue arrastrado por la fuerza de la corriente.

Sus amigos corrieron río abajo esperando encontrar el lugar apropiado para rescatarle. Por fin, en una curva del río, el cuerpo del pobre joven llegó a detenerse entre unas ramas secas y sus amigos pudieron sacarle del agua.

El joven estuvo a punto de morir ahogado y todavía estaba recuperándose de los golpes recibidos en su accidentado descenso del río y de toda el agua que había tragado en esos momentos de tanto peligro.

En el poblado no se hablaba de otra cosa y era tanta la preocupación por los peligros que el río encerraba que los padres de los niños, y Gracio Salorius no fue una excepción, prohibieron terminantemente a sus hijos bajar al río a bañarse o a jugar hasta que las aguas no se tranquilizasen y la corriente no fuese tan peligrosa.

Como es de imaginar, semejante prohibición dejó a Jorge y a sus amigos bastante chafados; pues el río y sus inmediaciones era, desde hacía tiempo, el escenario de la mayor parte de sus correrías y la fuente inagotable de aventuras y juegos que les servían de entretenimiento de mil distintas formas.

Así que, si bien cumplían las órdenes recibidas, no dejaban de acercarse todo lo posible, si no al propio río, sí lo bastante cerca de él como para llegar a una tupida fresneda que constituía un verdadero bosque en el que, sin parar, jugaban a ocultarse y encontrarse sucesivamente.

Tan cerca estaba la fresneda del río que una tarde, como siempre, estaban jugando con sus “*gladius*”⁴ de juguete a combatir entre los árboles, simulando emboscadas a los enemigos.

En esas lides andaban atareados cuando Blasco, el mayor de ellos, detuvo el juego y mandó a todos guardar silencio.

Cuando le obedecieron, pudieron comprobar que, sobre el rumor de las hojas movidas por el viento, se escuchaban unos gritos que parecían angustiados y que, sin ninguna duda, provenían del río al que tenían prohibido acercarse.

- Vamos a ver qué pasa – Propuso Jorge – Parece que alguien necesita ayuda.
- Pero las voces vienen del río y mi madre me tiene prohibido acercarme – Dijo remiso Dacio.
- ¡Ya! Todos lo tenemos prohibido; pero si alguien está en peligro y no le ayudamos puede ser peor – Dijo Blasco, y sin decir nada más echó a correr entre los árboles hacia la zona del río de donde venían las voces.

Los demás, como impulsados por un resorte, le siguieron tratando de darle alcance, lo que sólo consiguieron cuando se detuvo a la salida del bosque y ya junto a la orilla.

Volvieron a guardar silencio tratando de oír de nuevo las voces que les habían alarmado; pero, afinando mucho el oído, sólo pudieron percibir un llanto ahogado.

- ¡Allí! – Gritó el pequeño Marco señalando hacia la parte alta de la corriente.
- ¡Sí, sí, allí, mirad – Gritaron también Jorge y Dacio.

En la dirección que señalaban un muchacho, más o menos de la edad de Blasco, intentaba meterse en el río; pero la corriente era tan fuerte que no se atrevía y gritaba medio llorando y pidiendo ayuda.

Corrieron hacia donde se encontraba tan rápido como podían, sorteando ramas, matojos arrancados, algún tronco y todos los obstáculos que poblaban la orilla. Cuando llegaron a él se dieron cuenta de que el chico, presa de la desesperación, señalaba a un punto en el centro de la corriente.

- ¡La red, la red! – Gritaba gimoteando – La tenía bien sujeta; pero la corriente es tan fuerte que se la ha llevado y se ha quedado enganchada en esas ramas; pero no puedo entrar a sacarla.

⁴ Gladius: típica espada de la [Antigua Roma](#) utilizada por las [legiones](#). Tenía una longitud aproximada de medio metro y una hoja recta y ancha de doble filo. De «gladius» deriva la palabra «[gladiador](#)».

Pronto los amigos se dieron cuenta del problema que tenía el chico; pero la verdad era que poco podían hacer, ya que, efectivamente el agua bajaba con mucha intensidad y meterse en el río para recuperar la red era poco menos que imposible.

- ¿Cómo le digo yo a mi padre que he perdido la red? – Se lamentaba el muchacho – Después de que me ha dicho que no viniese a pescar cangrejos y que yo le he cogido la red y he venido desobedeciéndole. ¡De esta me mata! – Concluyó rompiendo a llorar.

Los chicos se quedaron un poco parados, sin saber qué hacer. Querrían ayudarle, pero ¿Cómo?

- ¡Tengo una idea! – Dijo de repente Blasco – Veréis, vamos a hacer una cadena. Yo le doy la mano a este – Dijo señalando al chico – Él se la da a Dacio y Dacio a Jorge. Yo creo que entre los cuatro alcanzamos la red y luego vamos tirando y vamos saliendo uno después de otro. ¿Qué os parece?

Se miraron unos a otros, como sin creer que eso fuera posible; pero, la verdad, no tenían muchas más alternativas.

- Si no lo intentamos no sabremos si funciona – Dijo Jorge decidido - ¡Venga, vamos!

Blasco afianzó sus pies en la orilla, casi en el agua, y los demás, en el orden que el propio Blasco había indicado se cogieron fuertemente de las manos. Jorge entró el primero en el agua y comenzó a andar hacia la red. Dacio le siguió; pero a medida que Jorge se iba adentrando en el cauce, la corriente lo desplazaba hacia abajo. Cuando el dueño de la red empezó a meterse en el agua, Jorge no podía impedir ser arrastrado y se iba desviando notablemente del lugar donde estaba su objetivo.

Blasco se dio cuenta y gritó:

- ¡Volved, volved! ¡Atrás! – y tiró fuertemente de los demás para que volvieran a la orilla.

Cuando estuvieron fuera del agua empezaron a hablar todos a la vez, cada uno diciendo o proponiendo dificultades y soluciones y sin llegar a un acuerdo.

- Ya sé – Dijo Jorge – Lo que tenemos que hacer es hacer la cadena un poco por encima de donde está la red. Así, si el agua nos arrastra, nos llevará hacia ella y la podremos coger.
- ¡Sí! – Repuso Blasco – Pero entonces no llegaremos. Hará falta que también Marco se meta en el agua.

- A mi no me importa – Saltó rápidamente el pequeño – Yo también quiero ayudar.
- ¿Podrás? – Le preguntó Jorge.
- ¡Claro que sí! – Contestó un poco ofendido el hijo del herrero.
- Pues venga, no perdamos más tiempo – Dispuso de nuevo Blasco.

Una vez más se cogieron de las manos en el mismo orden que la vez anterior, sólo que Marco se situó entre Dacio y Jorge para que éste último fuese el que llegase a la red y pudiese desengancharla con una sola mano.

Poco a poco fue avanzando, poniendo cada pie en el suelo con mucho cuidado para no perder pie en medio de la corriente y firmemente sujeto a la mano de Marco. Éste, a su vez, fue haciendo lo mismo a medida que Jorge se alejaba de la orilla y así, los demás.

Tal como había previsto Jorge, la corriente lo iba llevando hacia abajo y él, con su esfuerzo y el de sus amigos, avanzaba hacia donde estaba la red, de tal forma que no tardó demasiado en alcanzarla.

Con la mano libre intentó desengancharla; pero estaba demasiado alejado de ella como para manipularla con éxito.

- ¡Acercarme un poco más! – Gritó girando la cabeza hacia sus compañeros.

Blasco se fue metiendo en el agua poco a poco y todos fueron avanzando hasta que Jorge gritó:

- ¡Ya vale! –

Tras no pocos esfuerzos, Jorge consiguió soltar la red y gritó para que empezaran a tirar de las manos para ir saliendo del agua. Se dio cuenta de que la red, que era como una especie de cesta formada por dos aros de alambre unidos por las cuerdas trenzadas que eran el cuerpo de la propia red, estaba llena de cangrejos que levantaban sus pinzas amenazadoramente y algunos de ellos empezaban a dirigirse hacia la mano con que Jorge sujetaba el aro superior de la cesta.

Por fin, todos estaban fuera del agua y la red a salvo, con todos los cangrejos de su interior, bueno, todos menos uno, que consiguió llegar hasta la mano de Jorge y, con una de sus pinzas, le había cogido el dedo pulgar y por más que se agitaba y sacudía la mano, el animal seguía allí prendido, apretando cada vez más.

Cuando pudo soltarse del tremendo mordisco, el dedo estaba enrojecido y sangraba, mientras cerrando el puño de la otra mano sobre el dedo herido trataba de contener la salida de la sangre.

- No sé cómo daros las gracias – Dijo el dueño de la red – Si no llega a ser por vosotros me hubiera ganado una buena.
- A ver la que nos ganamos nosotros ahora – Contestó Dacio – Vamos a llegar a casa mojados de arriba abajo y Jorge con el dedo sangrando.

Se despidieron del chico que salió corriendo con su red llena de cangrejos y, con la incertidumbre de qué pasaría cuando llegasen a sus casas, emprendieron el camino de regreso. Dieron un gran rodeo para tardar lo más posible, tratando de que sus ropas se secasen y de que Jorge dejase de sangrar por el dedo.

A la entrada del poblado, en vez de irse despidiendo para marchar cada uno a su casa, decidieron acompañar a Jorge para ayudarlo a explicar a sus padres el cómo y el por qué de la herida del dedo.

Cuando se iban aproximando a la *mansio* de Salorius, vieron que había más gente de lo normal en la puerta que daba al patio y que todos hablaban y hablaban. Con cierto temor, al no saber qué pasaba, se fueron acercando y, de pronto, entre toda la gente que había, la madre de Jorge salió corriendo hacia ellos y tan pronto como llegó hasta el grupo de niños, se abalanzó sobre su hijo, le abrazó y cogió entre las suyas la mano herida del niño.

- ¡Por los dioses! ¡Hijo mío! – Dijo la madre con la preocupación grabada en la cara - ¿Te duele mucho?

Los niños quedaron muy sorprendidos por la aparición de la madre de su amigo, ya que no se podían imaginar que ya se hubiesen enterado de lo ocurrido.

- No es nada, madre, no me duele – Contestó Jorge intentando quitarle importancia.
- ¡Anda! Vamos a casa que te cure ese dedo – Y cariñosamente le empujó hacia el interior.

Pasaron al patio de la casa donde estaban los abuelos, Gracio, Valeria, la madre de Dacio, los padres de Marco y de Blasco, algunos sirvientes, el chico de la red, su padre, varios clientes hospedados y algunos vecinos que habían acudido con curiosidad a ver en qué acababa todo aquello.

Todos se acercaban a los niños, les felicitaban, les daban golpecitos en la espalda y se interesaban por el dedo de Jorge. Poco a poco, por lo que decían unos y otros, se fueron enterando de que el chico al que habían ayudado había contado a su padre y después a Gracio y a los padres de los demás todo lo que había pasado.

Todo el temor que traían pensando en un castigo, se fue transformando en orgullo por el reconocimiento que todos hicieron de su conducta.

Gracio miró a Jorge y movió la cabeza de un lado a otro, como queriendo decir que no estaba del todo de acuerdo, pero que... bueno... está bien.

El abuelo se acercó a Jorge. No dijo nada. Se miraron... Y sonrieron...

JORGE Y EL ADIVINO

Después de las torrenciales lluvias caídas aquella primavera, el verano que la siguió fue especialmente seco y caluroso, el otoño pasó sin que las nubes hiciesen su aparición en el cielo y siguió el invierno sin que cayese una gota de lluvia. Así se mantuvo el tiempo todo el año siguiente y ya iba para cerca de veinticinco meses sin que hubiese siquiera el menor indicio de lluvia.

Estos extremos solían darse por estas tierras en que estaba el poblado del Valle del Salor, a épocas de lluvias intensas e inundaciones sucedían períodos de la más absoluta sequía, de tal forma que el cultivo de la tierra se hacía sumamente complicado, dada la irregularidad de las estaciones.

La falta de agua empezaba a ser preocupante, los mecanismos que se habían instalado en el río para sacar el agua habían quedado al aire de tanto como había bajado el nivel y por las acequias y canalizaciones que se habían ido construyendo con el paso de los años para regar las tierras de cultivo, no corría una sola gota de agua. Incluso las reservas para beber empezaban a escasear.

Todos en el poblado estaban angustiados, ya que si la situación se prolongaba un par de meses más, empezarían a aparecer enfermedades entre la población y aquello podía ser terrible.

Algunos hablaban incluso de abandonar el poblado y buscar otras tierras hacia el norte, donde al parecer las lluvias eran más frecuentes. Gracio y su familia y, por añadidura, sus huéspedes empezaban a sufrirlo también en su propia casa viendo como el contenido de las grandes tinajas de agua que tenía depositadas en la bodega como reserva iban bajando de nivel día a día.

Tan mal se iban poniendo las cosas que la desesperación empezaba a aparecer entre los habitantes del poblado y cuando algunos estaban preparando las pocas o muchas posesiones que tenían para dejar el poblado, apareció por la *mansio* un personaje ya metido en años, de elevada estatura, con aspecto severo y extraña mirada, cubierto con una túnica de un marrón descolorido que le cubría incluso la cabeza y que llevaba en su mano derecha un bastón con la parte superior en forma de espiral.

- ¡Es un *augur*! ¡Un adivino! – Exclamó en abuelo tan pronto como lo vio - ¡Gracio, Gracio! – Gritó hacia el interior de la casa – Tenemos un *augur* en el patio.
- ¡Salve! – Saludó el extraño personaje al abuelo y a Gracio que en ese momento salía de la casa.
- ¡Salve! – Respondieron a coro Gracio y su padre.

A pesar de la escasez, Gracio ofreció un vaso de agua al adivino y le ofreció asiento bajo la parra. Junto a él se sentaron el abuelo y el propio

César García González

Gracio. Jorge apareció también atraído por la extraña apariencia del personaje; pero su padre le dijo que se retirase, ya que tenían que hablar y no eran cosas para niños. Jorge obedeció remiso; pero lo poco que vio de aquel hombre no le gustó en absoluto. No sabía decir si fue su mirada, su aspecto o la forma de comportarse; pero aquel sujeto tenía algo que a Jorge le causó un desasosiego especial.

- En estas épocas de desgracias – Empezó a decir el *augur* – lo más importante es saber cuánto van a durar; pues sabiendo cuando acabarán se pueden tomar las medidas necesarias para resistir.
- ¡Cierto! – Contestó Gracio – Como mucho tenemos reservas de agua para poco más de un mes. Si supiésemos que la sequía va a durar menos, podemos aguantar como estamos. Si no, tendremos que pensar en organizar un viaje hacia el norte para traer algunas cisternas.
- Efectivamente – admitió el anciano – Y para eso estoy yo aquí. He venido a ofreceros mis servicios de adivinación del porvenir. Si seguís puntualmente mis instrucciones, mañana, a primera hora podré deciros exactamente cuánto va a durar la sequía.

Padre e hijo se miraron, ciertamente los augures eran respetados en todo el imperio desde tiempos muy antiguos y muchos de ellos eran *patricios*⁵ y disponían de un nombramiento oficial para ejercer como tales; pero generalmente eran jóvenes y apuestos y solían vestir una túnica verde, que representaba la esperanza. Y aquel hombre ya tenía poco de joven y algo en su presencia, como le había ocurrido a Jorge, generaba una cierta desconfianza.

No obstante, puesto que poco tenían que perder escuchándole, le prestaron atención.

- En primer lugar – Indicó el adivino – Esta noche, en este mismo patio hay que preparar un altar para que mañana, a la salida del sol pueda leer en el vuelo de los pájaros y en el color del cielo lo que ha de suceder en las próximas semanas.
- Así se hará – Dijo Gracio.
- Además – Prosiguió el adivino – Deberéis tener listo un cordero recién destetado. También conviene que lo traigáis esta tarde para que mañana sea sacrificado y leer lo que nos digan sus entrañas.
- No hay problema – asintió de nuevo Gracio – Le diremos al pastor que lo disponga y tú, padre, puedes ir a buscarlo con Jorge.
- Finalmente – Dijo para terminar el anciano – Es muy conveniente que solicitéis a todos los que viven en el poblado, que se beneficiarán

⁵ Patricio: Persona que en la antigua Roma descendía de los primeros senadores romanos y formaba parte de la clase social noble o privilegiada.

directamente con el fin de la sequía, que contribuyan aportando un *óbolo*⁶ para hacer propicia la voluntad de los dioses.

Esta última proposición hizo torcer el gesto al abuelo que no veía claro eso de ir pidiendo dinero a todos los que vivían en el poblado.

- Esta tarde diremos a la gente que venga mañana al amanecer a presenciar tus predicciones y aquí mismo les puedes solicitar el *óbolo* – Dijo el abuelo.
- Hum.. ¡Está bien – Terminó aceptando al *augur* después de pensárselo un rato - Pero tienen que entender que si no se dispone favorablemente a los dioses puede ser peor.

Pasaron al interior de la casa Gracio y el viejo adivino para procurarle un aposento y el abuelo llamó a Jorge para ir a casa del pastor y traer el cordero. Jorge apareció rápidamente, pues había permanecido escondido durante todo el rato, tratando, sin conseguirlo, de seguir la conversación.

Ya en casa del pastor, le narraron la visita del inquietante personaje y, además de solicitarle el cordero, le dijeron que corriese la voz por el poblado para que al amanecer todos estuvieran en la mansión, llevando preparada su contribución.

Viendo la posibilidad de que la sequía terminase, el pastor les ofreció el corderito mejor criado y rápidamente salió a decir a todo el mundo lo que pasaba para que al día siguiente se acercasen a la mansión.

Nada más ver al cordero, Jorge quedó encantado, el abuelo le ató un cordel para llevarlo hasta casa y el niño le dedicó todas las caricias y arrumacos que se le ocurrieron.

- Se va a llamar “Ricitos” – Dijo Jorge – Mira, abuelo, cómo tiene el pelo.
- No es un nombre muy original – repuso el abuelo – Todos los corderos tienen el pelo así. Además, no conviene que te encariñes demasiado con él, ya que sólo le quedan unas pocas horas de vida.
- ¿Por qué? – Preguntó alarmado.
- Pues porque mañana el *augur* ha de sacrificarlo para poder leer el futuro en sus entrañas – Aclaró el abuelo.
- Ese hombre no me gusta – Sentenció el niño – No me gusta nada y si va a matar a Ricitos, menos todavía.
- Pero hijo... - Fue a replicar el abuelo; pero Jorge había salido a correr tirando del cordel que sujetaba al cordero que le siguió en su carrera.

⁶ Óbolo: Pequeña cantidad con la que se contribuye para un fin determinado.

Unos minutos más tarde que Jorge llegó el abuelo a casa y le preguntó dónde estaba el cordero; pero el niño salió corriendo y su respuesta no pudo ser oída por el abuelo.

Al día siguiente, apenas empezaba a clarear cuando el patio se empezó a llenar de gente que venían con expectación a ver qué pasaba.

El *augur* hizo una aparición teatral, envuelto en su túnica, con la cabeza y la cara cubiertas y manteniendo en alto su bastón, con paso lento y majestuoso se dirigió hacia el altar que Gracio había preparado la tarde anterior. Lentamente dio tres vueltas a su alrededor musitando extrañas oraciones a los dioses, seguramente en griego, pues no en vano el arte de la adivinación procedía del oriente del imperio. Se detuvo y levantó la vista hacia el cielo que presentaba un tono gris oscuro todavía y en el que todos, al mirar en la misma dirección que el augur pudieron ver algunas aves de presa, seguramente buitres, volaban describiendo círculos.

- ¡Invoco a Marte! – Gritó el *augur* con voz tan potente que sobresaltó a todos – Dios de la guerra y de la fecundidad para que traiga la lluvia a estos campos y los haga fértiles y productivos. Que su voluntad...¡Oh! No – Se interrumpió de repente – Esas aves no son buen augurio, pues a pesar de que vuelan en círculos, no lo hacen todas en el mismo sentido.

Un murmullo de decepción empezó a elevarse en el patio, la preocupación se hizo evidente en las caras de los presentes y todos se preguntaban qué podían hacer o qué podía pasar.

- ¡La contribución de todos los habitantes del poblado habrá de ser muy cuantiosa para satisfacer a los dioses! – Gritó de nuevo

El anciano adivino, con más teatralidad aún, levantó las manos ordenando a todos guardar silencio y extrayendo de las profundidades de su túnica un puñal de doble filo que levantó al cielo y agitándolo murmuró más extrañas oraciones.

- ¡Traed el cordero destetado! – Ordenó.

Gracio miró a su padre, su padre miró a Jorge y Jorge hizo un gesto levantando los hombros, hundiendo la cabeza entre ellos y poniendo cara de “*yo no sé nada*”.

Pasaron unos segundos sin que nadie se moviese y el cordero no aparecía. Gracio fue hacia Jorge para preguntarle qué había hecho con él.

- ¡Fatalidad! ¡Maldición! – Gritó el *augur* atronando el espacio – Los dioses, y Marte especialmente, montarán en cólera y negarán la fertilidad y la abundancia a estas tierras y a este poblado. Las

desdichas caerán sucesivamente sobre todos vosotros si no traéis inmediatamente el cordero.

A medida que el viejo iba gritando y amenazando con toda clase de males, Jorge se iba asustando cada vez más, pensando que por su culpa iban a pasar muchas desgracias a todos, hasta el punto de que estaba ya dispuesto a ir a buscar a Ricitos donde lo había escondido la tarde anterior, pensando que los dioses no iban a permitir que aquel hombre tan grande, tan malo y tan feo lo matara.

Ya había empezado a andar cuando el gris oscuro del cielo, en vez de irse aclarando con la salida del sol, se fue volviendo negro y más negro, casi como si de nuevo fuera de noche. De repente, estalló el más poderoso trueno que nadie hubiese escuchado nunca, un relámpago cruzó el cielo y poco después, primero mansamente y después con más intensidad, comenzó a llover.

La tierra fue calmando su sed, los hombres gritaban y reían contentos y con las manos y las caras extendidas a lo alto se dejaban mojar por el agua vivificadora. Algunos se burlaban del falso adivino, cuyas predicciones habían fallado estrepitosamente y Jorge estuvo seguro de que el dios Marte, que era un buen dios, no había permitido que aquel tipo siniestro acabase con Ricitos.

Su abuelo, con toda seguridad, llegó a la misma conclusión. Se juntaron en el patio, bajo la lluvia, no se dijeron nada. Solo se miraron... Y sonrieron.

JORGE Y EL GLADIADOR PEQUEÑO

Ya nadie se acordaba en el poblado de aquel falso *augur* que pretendió sacarles el dinero y que sacrificaran al cordero Ricitos que, por cierto, había crecido y entraba y salía por todas partes de la casa haciendo alguna que otra trastada, cuando una mañana, llegó a la mansión de Gracio una expedición compuesta por varias carretas y hombres a caballo.

Un grupo tan numeroso y tan variado no dejó de llamar la atención de Jorge y de sus amigos, que se avisaron rápidamente unos a otros y allá que se presentaron a curiosear entre aquella tropa tan vistosa.

Pronto se dieron cuenta de que una de las carretas era una especie de caja grande de madera completamente cerrada con una gran puerta en la parte de atrás y en ella un pequeño ventanuco cerrado con una fuerte reja de hierro.

Aquello despertó la curiosidad de los niños que empezaron a preguntarse entre ellos si dentro de aquella carreta habría fieras o animales peligrosos, incluso intentaron asomarse por el ventanuco; pero estaba demasiado alto y ni siquiera Blasco, que ya era casi tan alto como algunos hombres, lo consiguió.

Mientras tanto, los hombres que venían en la expedición se afanaban desensillando los caballos que montaban y desenganchando los que tiraban de las carretas para llevarlos al establo y bajando bultos de impedimenta que llevaban al interior de la casa.

Uno de ellos se dio cuenta de que los niños andaban merodeando alrededor de la carreta cerrada y les dijo que se marcharan, que no tenían nada que hacer allí y que no había nada dentro que les interesase.

- ¿Es que dentro hay fieras salvajes? – Le preguntó Jorge.

El hombre estalló en una gran carcajada que casi asustó a los niños.

- ¡Pues sí! Ahí dentro hay lo más parecido a una fiera salvaje – Contestó el hombre riéndose todavía. De repente se puso serio y volvió a echarles de allí.
- ¡Venga! – Les dijo haciendo gestos con las manos como ahuyentándoles – ¡Largaos a jugar a otro sitio!

Los niños se alejaron un poco muy despacio y sin dejar de mirar a la carreta a ver si algo o alguien asomaba entre la reja. La curiosidad que les había entrado era tan grande que, a pesar de que aquel hombre que les había echado de allí tenía un aspecto tan feroz, no se resignaron a alejarse demasiado.

- Pues ahí tienen que haber algo misterioso – Dijo Dacio – A ver si de alguna forma podemos enterarnos de qué es.
- A mí me da un poco de miedo – Añadió Marco, el más pequeño de los amigos – Puede ser un animal peligroso. Mira lo que ha dicho ese hombre.
- ¡Buah! – Soltó Blasco despectivamente – Eso lo ha dicho para asustarnos. No creo que sea ninguna fiera.
- Es verdad – intervino Jorge – Si fuera un animal le habríamos oído rugir o hacer algún ruido ¿No? Y no se oye nada de nada.

Allí se quedaron, lo suficientemente alejados de las carretas, pero lo bastante cerca como para no perderse nada de lo que pudiese ocurrir a su alrededor, enfrascados en la conversación y haciendo cálculos sobre lo que podía y no podía estar encerrado en aquella carreta.

Llegó la hora de comer y los niños, que no querían perderse nada de lo que pudiese ocurrir tuvieron que ser llamados varias veces para que volvieran a su casa y, en el caso de Jorge, para que entrara a comer con sus padres y los abuelos. De todas formas, a primera hora de la tarde, allí estaban otra vez los niños, esperando a ver qué sucedía, cada vez más intrigados y haciendo toda clase de especulaciones.

Durante toda la tarde, los hombres iban y venían de la casa a las carretas y de las carretas a la casa; pero nada de lo que pudiese haber dentro de la que tenía la reja les dio la más mínima pista para que pudiesen saber algo con certeza. Incluso Jorge preguntó a su abuelo qué podría haber en la carreta enrejada y la respuesta, si cabe, le dejó más intrigado todavía; pues vino a decirle que no eran fieras; pero que podía ser más peligroso y que lo mejor era que no lo supiera.

La noche caía y tuvieron que marcharse a sus casas sin haber conseguido averiguar nada y con la curiosidad y la intriga creciendo por momentos y tras haber hecho toda clase de suposiciones sin que ninguna de ellas les hubiese convencido.

- Mañana, antes de que se vayan, habré averiguado algo de lo que hay en esa carreta – Prometió Jorge a los demás cuando se despedían, totalmente decidido a enterarse de lo que pasaba.

Después de cenar, Jorge se fue a la cama con la intención no de dormir, sino de esperar a que todos estuviesen dormidos y salir a investigar qué era lo que había en aquella carreta.

Cuando todo el mundo había cenado y cada uno se iba retirando a sus dormitorios, tres de los hombres que habían venido con la expedición salieron de la casa yendo hacia las carretas, empujándose unos a otros, riéndose y dando tumbos a un lado y a otro mientras iban andando hasta que llegaron a la

parte de atrás de la misteriosa carreta. Al parecer, durante la cena, habían bebido demasiado del buen vino que Gracio les había servido,

- ¡Venga! – Dijo uno de ellos – Abre la puerta a ese tipo raro, no se vaya a haber muerto y perdamos lo que vale. ¡Ja, ja, ja!
- No creo que se haya muerto – Dijo otro metiendo una llave de gran tamaño que llevaba en la cintura en la cerradura de la puerta – En tal caso olería muy mal.

Los tres se rieron al tiempo y estruendosamente por lo que parecía que les hacía mucha gracia.

El que había abierto la puerta se metió dentro para salir inmediatamente pegando un fuerte tirón de una cadena.

- ¡Vamos, fuera! – Gritó – ¡Monstruo del infierno!

Al otro extremo de la cadena, atado a ella por las muñecas, salió una criatura que no sólo no era una fiera peligrosa, sino que parecía un niño del que los hombres se burlaban tirando de la cadena para hacerle caer al suelo.

- ¡Vamos! – Le gritaban – Tienes que ser fuerte y aguantar de pie si quieres sobrevivir en el circo – Y se reían de la criatura que caía al suelo una y otra vez.

Pero aquella criatura no era un niño, su cara y la musculatura de su cuerpo parecían más bien de un hombre; pero su estatura sí era de un niño, pues era incluso más bajo que Jorge.

En uno de los tirones que le dieron de la cadena, el hombrecito afirmó los pies en el suelo y sujetó los eslabones con ambas manos haciendo resistencia al tirón, de tal manera que casi hace caer hacia delante al bruto que pretendía volver a tirarle al suelo

- Este pequeñajo va a hacer furor en el circo – Dijo uno de los tres que participaban en aquel lamentable espectáculo – Nadie habrá visto nunca un gladiador tan pequeño con tanta fuerza.

Entre tanto, el otro metió un cubo que llevaba en el interior de la carreta y dejándolo allí dijo:

- ¡Hala! Ya tiene ahí su comida, ha estirado esas patitas cortas que tiene y ha tomado el aire, de manera que adentro otra vez –

Cogió la cadena de las manos de su amigo y volvió a meter al hombrecito en la carreta cerrado de nuevo con la gran llave.

Uno de ellos se acercó a una de las otras carretas y regresó con una jarra grande llena de vino, seguidamente los tres se sentaron en el suelo, apoyando la espalda en las ruedas de la carreta y se fueron pasando la jarra, bebiendo grandes tragos mientras seguían diciendo cosas cada vez más incomprensibles hasta que, poco a poco, se fueron quedando dormidos totalmente borrachos.

Cuando todo estaba oscuro, Jorge se levantó despacio, se asomó a la ventana a mirar el patio por si hubiese alguien. Ni vio ni oyó nada fuera de lo normal y se dirigió a la puerta de su habitación, la abrió con mucho cuidado y antes de salir escuchó con toda atención: ¡Nada! Todo estaba silencioso. Bajó las escaleras y salió al patio.

Andando muy despacio se acercó a la carreta que tan intrigados les había tenido todo el día a él y a sus amigos. Al dar la vuelta a su alrededor se llevó un susto tremendo, pues casi tropieza con los pies de los hombre que estaban dormidos junto a ella. Instintivamente se agachó y se metió debajo del carruaje temeroso de que le hubieran visto u oído. Después de un rato que le pareció interminable y cuando se hubo tranquilizado un poco, se dio cuenta de que aquellos hombres estaban totalmente dormidos y no se despertarían ni con un trueno.

Entonces se acercó a la ventana enrejada y como no podía alcanzar a ver qué había dentro, cogió una piedrecita y, haciendo puntería, la lanzó al interior de la carreta por el ventanuco a ver qué pasaba. De pronto, la piedrecita que Jorge había tirado salió por la ventana cayendo a sus pies.

Entre admirado y sorprendido, Jorge cogió de nuevo la piedra y la volvió a lanzar dentro de la carreta. No tuvo que esperar para que de nuevo la piedra estuviese a sus pies devuelta desde el interior del carruaje. Esta segunda devolución le convenció de que lo que quiera que hubiese allí dentro no era ningún animal, sino alguien con el suficiente conocimiento como para devolver la piedra por dos veces.

Jorge se izó cuanto pudo sobre las puntas de sus pies y sin alzar demasiado la voz preguntó;

- ¿Hay alguien ahí dentro? –
- ¡Sí! Aquí estoy – Respondió una voz desde dentro.
- ¿Y qué haces ahí? – Preguntó de nuevo Jorge.

En pocas palabras y rápidamente, el hombrecito contó a Jorge que lo tenían prisionero, que varias veces le habían obligado a luchar contra otros hombres, a pesar de que él era pequeño y lo llevaban a algún sitio al sur, seguramente a Emérita o a Itálica para venderlo a una escuela de gladiadores y que participase en las luchas del circo o, a lo mejor, para que luchase contra alguna fiera y mientras tanto aquellos brutos se lo pasaban en grande maltratándole y burlándose de él.

Jorge no podía creer que pudiera haber gente tan mala como aquellos tipos. Ellos sí que eran auténticas fieras, se dijo Jorge.

- ¿Cómo te llamas? ¿Puedo hacer algo por ti? – Le preguntó Jorge deseando ayudarlo de alguna forma.
- No, amigo – Respondió el preso – No hay forma de escapar de aquí y esa sería la única ayuda que puede merecer la pena.

Jorge miró a su alrededor, buscando algo donde subirse para poder alcanzar la altura del ventanuco y asomarse al interior; pero no vio nada. De repente, se fijó en los hombres que estaban tumbados junto al carruaje, dormidos y completamente borrachos. Vio que del cinto de uno de ellos colgaba una llave de gran tamaño y pensó que posiblemente serviría para abrir la puerta de la carreta prisión donde estaba encerrado a quien ya consideraba su nuevo amigo.

- Estos tres tipos están dormidos y uno de ellos tiene una llave grande – Dijo al de dentro – Puede ser la que abra la puerta de la carreta.
- Seguramente – Le contestó – Pero no se te ocurra intentar cogerla, porque si se despiertan nos matan.

El niño no hizo caso de la advertencia y, con gran cuidado, se acercó al hombre que tenía la llave y que resoplaba como el fuelle de la fragua del herrero. Sin problemas se hizo con la llave.

Segundos después, tras haber girado la llave en la cerradura de la puerta, se presentó ante sus ojos la criatura más extraña que Jorge había visto en su vida; pues a pesar de ser más bajo que él, tenía cara de mayor y sus piernas y brazos mostraban una musculatura tremenda. Quizás su frente era un poco rara y sus piernas demasiado arqueadas, pero no se podía decir que aquel hombre fuera un monstruo, ni mucho menos. Saltó ágilmente al suelo y se dirigió al sorprendido niño.

- ¡Gracias! – Le dijo sujetándole por los hombros con las dos manos.
- ¡Pues sí que eres pequeño! – Fue lo único que acertó a decir Jorge - ¿Cuántos años tienes?
- No es que importe demasiado – Respondió el hombrecito sonriendo tristemente – Pero debo tener alguno más de veinte. Y ahora - Añadió – Cierra la puerta y vuelve a dejar la llave donde estaba.

Así lo hizo con el mismo cuidado que la había cogido y, contestando a sus preguntas, le señaló el establo donde estaban los caballos y mientras Crispo iba a buscar uno de ellos, Jorge se dirigió a la cocina y en un santiamén envolvió en un paño todo lo que pudo encontrar en el poco tiempo de que disponía.

Cuando salió de nuevo al patio el hombrecito ya estaba a lomos del caballo que había elegido y Jorge fue corriendo a abrirle la puerta para cerrarla una vez que el jinete estuvo fuera de la mansión.

- ¡Gracias de nuevo, pequeño y valiente amigo! Trataré de volver al norte, a los montes astures, con mi familia. Crispo no olvidará nunca lo que has hecho por él – Le dijo a modo de despedida.

Aquella noche, o lo poco que quedaba de ella, Jorge la pasó dándole vueltas a lo que acababa de hacer. Por la mañana, cuando se despertaron todos y los brutos aquellos se dieron cuenta de que su prisionero se había escapado empezaron a soltar toda clase de maldiciones y a reprocharse entre ellos que no habían tenido cuidado, que no habían cerrado la puerta con llave, que no habían vigilado, que se habían emborrachado y casi se pegan entre ellos.

Cuando se calmaron empezaron a preguntar a unos y a otros si alguien había visto u oído algo durante la noche y Jorge, a pesar de que a él no le habían preguntado directamente les dijo:

- ¡Yo sí! Yo he oído como galopaba un caballo y me he asomado a la ventana. Se dirigía por el puente hacia el sur – Y fingiendo extrañeza añadió – Pero iba solo... O el jinete era muy pequeño, porque no he podido verlo.
- ¡Era él, era él! – Dijo uno de ellos enfurecido - ¡Vamos, imbéciles! – Apremió a los otros – Preparadlo todo para salir a perseguirle, no podemos perder el montón de monedas que nos pagarán por él.

El abuelo miró a Jorge con cara de “¿qué te traes entre manos?” extrañado de que hubiese podido ver u oír algo, pues bien sabía que Jorge tenía un sueño profundo y que era raro que se despertase en mitad de la noche.

Jorge miró a su abuelo y no dijo nada... Sólo sonrió.